EDUNER

El andamio

Emma Barrandéguy

CUADERNOS DE LAS ORILLAS

El andamio, novela autobiográfica de Emma Barrandéguy (1914-2006), es la reconstrucción de una infancia de descubrimientos, de una vida familiar y pueblerina, de una época de veranos con niñas «en patas», de sufridas lavanderas a domicilio y calles de tierra que mueren entre los pastos, pero es además y sobre todo un viaje introspectivo. Un viaje que emprende una mujer ya adulta, desde la cama de hierro de su niñez, en búsqueda de las razones que expliquen de algún modo las elecciones, las preferencias, las dudas y temores que la constituyen.

Universidad Nacional
de Entre Ríos

Universidad Nacional
de Entre Ríos

Rector
Jorge Amado Gerard

Secretario de Extensión
Universitaria y Cultura
Daniel De Michele

Directora EDUNER
María Elena Lothringer

EDUNER

El andamio

CUADERNOS DE LAS ORILLAS

El andamio

Emma Barrandéguy

EDUNER

Barrandéguy, Emma (1914-2006)
El andamio / Emma Barrandéguy ;
1.ª ed.
Paraná : Universidad Nacional de Entre Ríos, UNER, 2017
96 pp. ; 23 x 16 cm
(Cuadernos de las orillas; 8)

ISBN: 978-950-698-385-7

1. Narrativa Argentina. 2. Novela Autobiográfica. I. Mondejar, Guillermo, edición. II. Franzot, Evangelina, prólogo.

CDD A863

C U A D E R N O S D E L A S O R I L L A S

Edición y coordinación
Guillermo Mondejar

Presentación
Evangelina Franzot

Equipo editorial
Manuel Siri
Alexis Chausovsky

© EDUNER, 2017

EDUNER, Editorial de la Universidad Nacional de Entre Ríos
Córdoba 475
E3100BX1
Paraná, Entre Ríos, Argentina
eduner@uner.edu.ar
www.eduner.uner.edu.ar

Queda hecho el depósito que marca la ley 11723.

No se permite la reproducción parcial o total, el almacenamiento, el alquiler, la transmisión o la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopias, digitalización u otros métodos, sin el permiso previo y escrito del editor. Su infracción está penada por las leyes 11723 y 25446.

Editado e impreso en Argentina.

Índice

7 *Presentación*

17 El andamio

91 *Principales obras de la autora*

Presentación

Junto al hogar que llevas dentro:
hazte un ovillo.[a]

«Los recuerdos de la infancia», afirma Nicolás Rosa, «constituyen la escena arcaica, primaria, primitiva, que funda el acto autobiográfico».[b] Si pensáramos toda la obra de Emma Barrandéguy como un único relato autobiográfico, identificaríamos a *El andamio* (1964) como ese primigenio gesto inaugural. Están allí las primeras escenas de lectura, los libros prohibidos que despertarán no sólo la curiosidad sino también los primeros actos de desobediencia, la madre y el padre conformando un círculo familiar que a veces se anhela pero del que hay que salir para poder encontrase, experimentar nuevas emociones, desafiar el mandato que impone ser esposa y madre, cuidar las formas y los modales, fundamentalmente en un ámbito pueblerino donde, según la narradora, se juzga por el *bakcground,* a diferencia de Buenos Aires que juzga por las apariencias.

Nacida en Gualeguay, el 8 de marzo de 1914, Emma Barrandéguy transitará su infancia y adolescencia entre el campo y el pueblo, hasta que en 1937 parte a Buenos Aires para iniciar otra etapa de su vida, allí escribirá la mayor parte de su obra.

a. Emma Barrandéguy, «El exilio del gato» en *Las puertas*, Amigos del Libro Argentino, Buenos Aires, 1964.

b. Nicolás Rosa, *El arte del olvido y tres ensayos sobre mujeres*, Beatriz Viterbo, Rosario, 2004.

Contemporáneo al libro de poemas *Las puertas, El andamio,* publicado en Buenos Aires por el Instituto Amigos del Libro Argentino a sus cincuenta años, reúne las experiencias de una niñez provinciana, vistas a través del cristal que el tiempo y la vida en la gran ciudad han matizado. Si bien *El andamio* es una obra que reúne recuerdos de infancia, está lejos, como podría esperarse, de ser un libro nostálgico. «No creo que aquel pasado haya sido mejor», sostiene Barrandéguy en el texto que aparece en la solapa de la primera edición y reproducimos en este volumen como preludio de la novela. «Lo cuento porque me agrada hacerlo».

En un vaivén que va desde el presente del relato hacia los años de la niñez, la narradora, que en un acto de definitiva identificación lleva el nombre de «Emma», analiza las distancias entre dos mundos: la vida provinciana –de cadenciosos ritmos, que conserva la costumbre de la siesta, los ritos familiares, el té de yuyos sanador, las supersticiones, el lenguaje particular y colectivo que conserva rasgos de un pasado ancestral– y la vida ciudadana que permite el contacto con una cultura amplia y cosmopolita, el cine, los libros, los cafés, cierto anonimato a veces aliviador –impensable en la pequeña comarca–, el amor. «Se conocía», reflexiona la narradora, «se sabía en exceso repartida, entre la patria de la generosidad y la ternura elegidas y entre la patria de donde vienen los pies descalzos de su niñez, hacia donde en este momento volvía los ojos desde su vieja cama, en un anhelo de reintegración».

El andamio es la reconstrucción de una etapa de descubrimientos, de una vida familiar y pueblerina, de una época de veranos con niñas «en patas», de sufridas lavanderas a domicilio y calles de tierra que mueren entre los pastos, pero es además y

sobre todo un viaje introspectivo; un viaje que emprende una mujer ya adulta, desde la cama de hierro de su niñez, en búsqueda de las razones que expliquen de algún modo las elecciones, las preferencias, las dudas y temores que la constituyen. Es evidente que esa preocupación es propia de toda una etapa en su escritura, no es casual que elija como epígrafe de su poema «Archivo», incluido en *Las puertas,* las palabras de Valéry: «Conocerse, subterfugio para absolverse». Esta evocación del pasado, condicionada por la imagen que la escritora pretende dar y darse a sí misma, es quizá un intento personal de construir y compartir ese pasado común con quienes crecieron en cualquier pueblo de interior, pero además es una forma de explicar y de explicarse, de encontrarse y reordenarse a través del relato y de la autoficción que construye. Ese gesto de búsqueda de sí se acentuará no sólo en novelas posteriores como *Habitaciones* (2002), sino también en su poesía. «La literatura», afirma Barrandéguy, «sirve para esclarecerse a uno mismo, para tomar conciencia y para, si es posible, que otros tomen conciencia leyendo lo que necesitan».[c]

Como su poesía, la obra narrativa de Emma Barandéguy germina a partir de experiencias vitales e íntimas pero siempre rozadas por el afuera, contextualizadas por los movimientos sociales y políticos que sacudían la vida de las familias provincianas, como en *Crónica de medio siglo* (1984),[d] o por manifestaciones populares de izquierda como las que revolucionaban las calles porteñas en los años 30, cuando ella trabajaba para el diario *Crítica,* mientras experimentaba el amor y la sensualidad

c. Emma Barrandéguy entrevistada por Ricardo Maldonado, en «Contratapa» de *El Tren Zonal* n.º 12, agosto de 1993.

d. Premio Fray Mocho 1984. Publicado en 1986 por la Dirección de Cultura de Entre Ríos.

fuera de toda convención; vivencias amalgamadas que son la materia con que se construye la ya mencionada *Habitaciones,* su última novela.

A diez años de su partida y con una obra concluida, podemos hacer el camino inverso juntando las páginas que la escritora nos fue dejando como pistas para llegar hasta ella. Si la vida fue sustento fundamental de su escritura, hoy su literatura permite a quienes nos adentremos en ese gran y único texto, reconstruir una vida fundamental para nuestras letras. Tal vez una certera clave sería leer su obra como quien mira detenidamente un álbum de fotografías para recomponer la propia historia y observar, sobre todo, lo que no está en foco, lo que parece estar en segundo plano, el detalle que escapa a la primera mirada, revelando lo que quizá no se debía mostrar.

La fotografía que el lector encontrará a vuelta de página, y que elegimos como obertura, habla por sí sola. Si atendemos cuidadosamente a ella, tal vez no haría falta más presentación:

Parada a la izquierda de su hermana mayor, Lucía, que posa correcta y algo solemne, Emma apoya su mano derecha en el hombro familiar, mira directamente a la cámara con una sonrisa que, aunque enigmática, muestra un dejo de picardía. Las medias desparejas, escapando del esmerado protocolo de prolijidad previo a las fotografías de la época, contrastan con las de su acompañante que las luce de muselina y que le cubren las piernas cruzadas con recato, como corresponde a una señorita. Emma está de pie, firme. El puño izquierdo de la pequeña se cierra dando a su postura un aspecto de indudable resolución. Esta es Emma. La foto eterniza el gesto y quizá, sin proponérselo, sintetiza y anticipa aquella íntima división de la que nos habla Emma en *El andamio:* de un lado el origen, el pasado familiar,

el sostén, pero también las reglas y el mandato. Del otro lado, a la izquierda –lo que no es menor–, el puño cerrado y decidido, actitud con la que enfrentará el futuro elegido: la vida en Buenos Aires, la profesión de periodista y escritora, el amor que no admite clasificaciones, la militancia roja, el coraje de vivir sin dejar nunca de ser ella misma.

Evangelina Franzot

Recogí en *El andamio* algunos recuerdos de infancia en un pueblo del sur de Entre Ríos. En la provincia, la infancia de la clase media aparece como más luminosa, más libre que la de los niños de idéntica clase en la ciudad. No sé si sólo aparece...

Y salvadas las diferencias de paisaje, la infancia de una generación en Catamarca o en La Pampa, se asienta sobre una común sustancia nostálgica. Pongamos, por ejemplo, el gusto de la «ambrosía», que ya no se usa ni en Cuyo ni en Entre Ríos, o los domingos de elecciones que en todas partes tenían las mismas empanadas o la misma venta de libretas.

Felizmente, la vida de los pueblos evoluciona también: sobrevienen la TV, las radios portátiles, las motocicletas, las cocinas y los baños funcionales. Los catálogos de las grandes tiendas ya no circulan imponiendo la moda.

No creo que aquel pasado haya sido mejor que el presente. Lo cuento porque me agrada hacerlo. Y pienso que los que cuenten más adelante su infancia provinciana, han de hablarnos de todo lo que signifique una convivencia más amplia para los niños (guarderías, campos de juego y deporte, etc.), de una real camaradería entre padres e hijos y, por supuesto, de esas cosas eternas que son la solidaridad, la tolerancia y la ternura.

E. B.

El andamio

A Edelma y Heriberto

Only through time time is conquered
T. S. ELIOT. *Four Quartets*

I

«Ese parral tiene demasiadas hojas, la uva no va a madurar bien», pensó mientras miraba al patio luminoso desde su vieja y querida cama de hierro y bronce.

Estaba enferma. Toda la noche había tenido náuseas. Era, sin la menor duda, una de esas indigestiones propias de los días de vacaciones y de las viejas recetas caseras que tanto ansiaba comer, muchas veces, en Buenos Aires.

Primero, su padre había recetado un té de ajenjo y luego su madre uno de manzanilla. Los había tomado sin protestar. Y también el que indicó más tarde Francisca, la lavandera, y que era una mezcla de varios yuyos. «Francisca, que con más de setenta años conserva una sonrisa llena de dientes blancos», se dijo a sí misma.

El malestar había cedido, pero su madre no la dejaba levantarse de la cama y había puesto en la puerta mientras ellos almorzaban, y pese a sus protestas, una de las muchachas para que «vigilara si necesitaba algo». No había más alternativa que recostarse y pensar. Paseó la mirada por el cuarto, poblado de muebles. Eran trastos diferentes, empujados hacia las paredes, sin estilo determinado.

Su madre había soñado toda la vida con un mobiliario uniforme, completo: «juegos», como decían los avisos, «comedor instalado», dormitorios con mesas de luz. Pero del fracaso de

sus sueños daban testimonio, justamente, los muebles de la casa. Armarios de bisabuelos, pintados por encima del lustre; armaritos de tabla y una butaca forrados de cretona gracias a la habilidad carpintera de algún recién casado de la familia; otro armario aún con una cortina de tela de hilo blanco que lo cubría y donde estaba instalado el lavabo grande de loza y la jarra del agua; baúles en que yacían desde lejanas mudanzas, cuadros, vajilla y «el sobretodo fino de tu padre», que ella no recordaba haber visto nunca. También había una percha de hierro pintada de amarillo donde colgaban las bombachas y el cinto del padre, y sillas de viena diversas, cuyas tuercas flojas era habitual ajustar al sentarse a la mesa. Estos muebles cubrían superficies y la posible belleza de algunos moría entre la opacidad y desparejo colorido de los otros.

En este cuarto suyo quizá se salvaran el ropero de la esquina –colocado allí para tapar la puerta clausurada que da a la casa vecina–, con su eterno y fresco ramo de margaritas en el ángulo inferior del espejo... Y la cómoda del tío, con sus cajones atrancados. Y aquel viejo sillón colonial donde hamacaban ella y su hermana, en la infancia, los dolores de muelas.

Sí, una de las cosas agradables que proporcionaba el pasar unos días en la casa paterna era precisamente esa: hamacarse en el sillón. En Buenos Aires los sillones sólo se veían en casas de antigüedades. Sus patas escandalosas fastidiaban ahora hasta a las abuelas. Aquí, hamacarse era marcar el ritmo de la desocupación, gozar los minutos, reflexionar. Hamacarse por la mañana, mientras estaba en danza el trajín de la casa y por las tardes, mientras recuperaba la costumbre del mate.

Las paredes casi desnudas y el arreglo abigarrado del cuarto recordaban, como en otras casas provincianas de mediana

condición, a ciertas decoraciones de García Lorca, pero aquel amontonamiento de armaritos, botineros, baúles sobre soportes de madera y mesitas de luz heredadas o improvisadas, achicaba la nobleza de las piezas enormes. No había visto nunca salir muebles de su casa. Todos los que habían ingresado con el transcurso de los años, se habían ido llenando despacio de objetos en desuso, cajas, retazos y numerosos repasadores, servilletas o pañuelos hechos de prendas ya gastadas.

II

Pendía de la cabecera de su cama la bolsita de tela que su madre les colgaba del pecho cuando eran niñas. Contenía una oración impresa. Cuando la hoja se rompía por el uso, después de encerrarse en sucesivas bolsitas, se pedía otra al cura y el resto deteriorado de la vieja se quemaba cuidadosamente, pues estaba bendita. Estirándose un poco la sacó de su bolsita y la desdobló con prolijidad. Sentía curiosidad por leer la vieja oración. Decía así:

> El Señor te bendiga y te guarde, te manifieste su divina cara y tenga misericordia de ti, vuelva a ti su divino rostro y te dé paz. El Señor bendiga este su siervo. Amén.

Esta parte estaba impresa en un papel que un monje sostenía en una mano, mientras con la otra bendecía a otro monje arrodillado. Al fondo, una iglesia pequeña y rural, dos árboles y en el cielo, entre nubes, la Virgen María. «Debe ser muy antiguo el grabado», pensó, «pues hay errores en la separación de las palabras del escrito». Debajo de la figura, con tipografía también antigua, decía:

> Bendición santa con que el seráfico padre San Francisco de Asís, bendecía a todos y con la que bendijo a Fray León, su compañero, muy molestado de tentaciones. Se exhorta a todos a llevar consigo

esta Santa Bendición, porque se sabe por experiencia que es maravillosísima contra los demonios, tentaciones, rayos, pestes, mal de corazón, peligros del mar, acechanzas de enemigos, tempestades, incendios, dolores de parto, calenturas, muertes repentinas y contra otros innumerables males y peligros. También tiene especial virtud para conservar a quien la lleva consigo en gracia de Dios.

Y más abajo:

El original de esta Bendición está escrito de propia mano del seráfico padre San Francisco; se conserva en la iglesia de Asís y hace mención de ella el Ilmo. Cornejo en la Crónica Seráfica. P.I.L.b.4.6.25. Propiedad de la Comisaría General de Buenos Ayres.

«Hasta aquí la bendición del santo, llevada durante tantos años me salvó de todos los males físicos mencionados, pero, ¡ay!, no de las debilidades y tentaciones», pensó. «Me ha conservado, eso sí, en gracia de Dios». Aquí estaban otra vez su sorna y su permanente seguridad en un destino diferente. Seguridad un tanto quebrantada, es cierto, actualmente, por las particiones que ofrecía su vida, pero ¿qué otra cosa podía acaso ser más justificadora?

III

Miró el techo. Se contaban once vigas desiguales, emparejadas a cuchillo.

Habría que arreglar este cuarto de otra manera. Si yo viviese aquí... ¿Por qué aquí otra vez? La vida en cualquier pueblo provinciano resultaría ya intolerable. ¿Había lugar aquí para la búsqueda? ¿Por qué pensarlo entonces? ¿Lo conocido y dulce del paisaje?

Habría que analizar este sentimiento. «Quizá sólo un deseo de estar cerca de las gentes que viven simplemente, usan un lenguaje extraño y viejo, y mueren tranquilas regresando en sulky del pueblo a revisar sus vacas con un cáncer en el estómago», pensó.

Su madre la rodeaba de un cuidado físico excesivo. Quizá el que estuviese en cama conformaba sus deseos de tenerla ahí, inmóvil, de saber que le era necesaria, que no podía huir, que integraba de nuevo el campo y la medida de sus aspiraciones: una recobrada niñez donde no se hacía sino lo que ella decía y en donde nadie pensaba por sí mismo, con independencia y fantasía. Aquí, en la cama, la tenía de nuevo al alcance de su mano. No podía huir hacia latitudes que ella no comprendía o que le eran ajenas. Esas latitudes que se medían en los asombros velados de su madre ante los absurdos de su lenguaje.

Había perdido modismos que le gustaría haber conservado y había aprendido palabras sabias que la distanciaban de estas

gentes. «Sin embargo», se reconfortó, «me he acercado más al paisaje, a ese paisaje de las calles que mueren cubiertas de pasto».

No acababa nunca de recobrar los ecos y las luces que tenía guardados dentro. Bastaba oír en el pavimento la patada de un caballo que aguardaba en la esquina espantándose las moscas, para despertar otros sonidos y olores más lejanos. Y apreciarlos mejor.

¿Vivir aquí o en el campo? ¿Era la soledad, la gran tentadora, la que hoy le ofrecía una alternativa de prometida paz?

IV

«Habría que vivir aparte de mamá, naturalmente». No tenían manías que coincidieran, aunque su hermana dijera lo contrario. Su madre tenía, es cierto, multitud de cosas buenas. Nunca se había hecho eco de rumores, era coqueta, activa, inteligente, les había enseñado cierta tolerancia racial... Nunca se había oído en la casa, por ejemplo: «Este judío de... ». La familia de su padre, por comparación, tenía más defectos: la maledicencia, la impermeabilidad, la intolerancia entre hermanos. Siempre se peleaban y se decían las cosas implacablemente. En casa de su madre, en cambio, las cosas constituían un secreto hermético: enfermedades, malos pasos, situación financiera.

¡En general, cómo se comprimían las gentes provincianas! Heroicamente. Sobre todo las mujeres. Se las veía contenidas, al borde de estallar. ¿Pero acaso lo mismo no pasaba en Buenos Aires? ¿No era la misma maledicencia, el escape de las compañeras de oficina que había conocido?

¿Tal vez el paisaje pareciera atenuar aquí los contactos? Penetraba cada rincón del ser. Se diría una orgía verde. Los patios, las quintas, las calles maravillosas de las afueras, el río dulce, el arroyo cubierto de flores amarillas. Las gentes transcurrían entre todo esto y no le daban importancia. Pero sin duda se adueñaba del alma. Se vivía ebrio de paisaje. Uno se sentía embargado de paz, paz del aire. Del cielo y los pájaros numerosos.

Sí, de vivir de nuevo en el pueblo tendría que hacerlo aparte. La vida en común con su padre también requería sometimiento a sus minuciosas costumbres. Le hubiera gustado hacer a su lado el aprendizaje de las cosas de la tierra, como si recobrara una adolescencia dormida; estar en el campo con un buen par de pantalones y entender de caballos, de caminos y de pastos. Pero, sin duda, necesitaría sus libros, el cine, las charlas. ¿Por qué engañarse?

«Me gustaría, por sobre todo», casi se oyó decir, «ser una mujer áspera y sola, encerrada y bondadosa, lista para ayudar a todos los que quisieran evadirse y huir de los límites, de cualquier límite».

Pero esta era una fraseología de heroína: pantalones, libros, áspera y sola, ayudando a huir de los límites... ¡Qué rebuscamiento! ¿Pero, y si ella fuera solamente eso?

Esta casa sería diferente si ella la tuviera, sí.

¿Pero, sería posible vivir aquí, sin un amor? ¿Acaso la mayoría de las gentes no viven sin amor? ¿Acaso es posible vivir en plenitud de amor? Se trata sólo de hacerse otro cuadro de vida: los hijos, las sociedades piadosas, la chismografía, el Club Social, el Club de Tenis, el piano. Algo con qué llenar los minutos. Algo con qué llenar los minutos...

V

Han concluido de almorzar y su madre viene ahora a relevar la vigilante de la puerta, que se mira los dedos por milésima vez.

—¿Emma, querés un tecito de algo? —se instala de nuevo la voz protectora que viene de la infancia.

No, no quiere otro «tecito» más. El hilo de los pensamientos vagabundos se quiebra. Su madre se sienta en el sillón de los dolores de muela (iba a poner «a los pies de la cama» –¿inconsciente deseo?– pero recuerda que su madre no lo hace jamás). La charla se inicia:

—¿Cómo te sentís? —dice la madre.

—Bien, bien, mamá.

«Estoy en la cama de mis días niños donde descansan el cuerpo y la mente», piensa antes de sumergirse de lleno en la charla.

VI

El mundo provinciano es un mundo lento y sencillo, donde no parecen generarse problemas. Penetrarlo no es fácil. Al regresar a él, aparecen primero las caras que hay que recordar y ubicar con esfuerzo. Vienen desde el pasado y se asientan en el rostro que se ve, encima de él, dándole el aire que debía tener, el aire de la única imagen conservada. Después aparece el clásico gato negro, grandote y desganado, que juega sin sacar las uñas. Y las primas, ahora lejanas, separadas por cortinas espesas de silencio. Patios, patios. Las plantas maravillosas. Los pequeños gestos ordenados de las familias y la marcha regulada de las casas. Los maridos, la cocina, los enfermos, las sirvientas. A veces, la langosta contribuye a variar los temas. Hay modismos que habría que anotar para no olvidarse. Sobre todos los verbos: «Se me ha ganado un bicho en el oído», «cuando se entra el sol ya me tumbo a dormir», «sumir el cuchillo en el cuerpo»...

Y también regresando por las callejuelas de las «orillas», en las noches de verano, el asedio riguroso de los mosquitos. La gente de los barrios se sienta en las veredas con una pequeña hoguera al lado, para ahuyentarlos. Cada «fueguito» va marcando un portón, una familia, una intención desesperada de tomar fresco.

Hay procedimientos que sería bueno registrar. Parientes. Mujeres. ¿Oyó contar alguna vez de la que montara un potro

para matarse, con el cabello al viento y golpeándose la boca en signo de desafío? ¿O lo había imaginado?

¡Qué mujeres aquellas! Cuando alguna no encuadraba en el marco común, del casamiento y la familia, ni calzaba en el mote de «solterona», por su alegría o su insolencia, no había más remedio que considerarla «un poco mal de la cabeza». Así nada escapaba al cuadro establecido, nada alteraba «lo que tenía que ser». ¿Acaso aquella mujer que montó su potro bravo en una adolescencia atormentada, no era la misma que había ido de visita a una casa pública en su vejez? ¿Qué había en aquella vida para que ese ritmo de protesta y rebeldía primitivas, hubiera continuado con esa constancia? No era fácil explicarlo con el socorrido «estaba un poco mal de la cabeza». Quizá había en ella una vocación de escritora, un deseo de encontrar tendida una mano amiga, de franquear los límites, como *Jane Eyre,* la protagonista de la novela de Carlota Brontë que «se subía al techo de su casa y miraba sobre los campos los paisajes distantes», nada más que para «ver más allá», para saber lo que se extendía tras el horizonte. Acaso aquella que se tiró al pozo una noche de luna, ¿quería solamente seguir soñando? Allí estaba para ella parte de lo verdadero en la provincia, lo que eludía el comercio, lo utilitario, las ganancias, el rendimiento de las cosechas, los remates de hacienda... Allí tal vez surgía el pensamiento sin cultivo pero capaz de franquear la simple codicia, o ir más allá del confortante sabor de las comidas con recetas heredadas. Todo eso era el pueblo.

Y también el abandono de toda disciplina física impuesta por el entorno. Excesos de comida. Falta de rigor consigo misma. Tendencia a andar descalza, a no arreglarse las uñas o el pelo, a tirar el agua en el patio, a abandonarse a toda blandura.

Un relajamiento general. Una tensión moral basada en la vigilancia de su propia actuación.

A falta de *background* conocido, Buenos Aires juzga por la apariencia. En los pueblos se juzga por el *background,* que es inolvidable. Lo importante es, en determinados momentos, estar a la altura de las circunstancias, de la categoría fija y establecida por la familia, en ropas, modales, etc. Se usan otra clase de mentiras, quizá por falta de inteligencias, controles y «asesinados asesinos», cómplices de amor. Deseos de abandonarse y descansar. ¿Se descansa en el rito? ¿O es sólo la reintegración en el cauce común? Más posibilidades, aparentes, de ser natural.

VII

Volviendo hacia su infancia los recuerdos fluían fácilmente. Y refugiarse en ella resultaba grato, resultaba cómodo. No había más que extraer lo que flotaba suelto en la memoria, lo que no costaba arrancar, aquello que era tema de conversaciones con sus familiares, lo que ya era el vínculo más poderoso, porque la vida había hecho que se fuera alejando del círculo de sangre y ya ni su propia empeñosa solicitud podía reconstruir lo que había ido resquebrajándose: todo entendimiento, toda unidad. ¿Qué era ahora ella para su madre? Aquella amalgama de rebelión y miedo, aquel deseo de protección y seguridad, se habían disuelto sin que se diera cuenta con el transcurso de los días o habían cambiado de objeto. No eran ya patrimonio de los padres.

Antes, dar una friega al cuerpo dolorido de su madre era una costumbre sin preguntas. Hoy, ver el cuerpo desnudo de su madre, hasta la cintura, la llenaba de pudor y desasosiego. El desasosiego de un futuro que a ella le ofrecería lo mismo: una armazón inerme, inútil ya para todo lo que no fuera trajinar por la casa y sostener un alma creyente, ingenua, obstinada. Aquel tan preciado recipiente, desvalido ahora como un guante ajado y solo.

Los recuerdos comunes y las recetas familiares eran ya lo único que permitía saber que se estaba en un clan. Esa felicidad

de entenderse con medias palabras, que era para Montherlant una de las definiciones de patria.

Regresar a esa patria infantil era rehuir las duras responsabilidades de cada hora. Le parecía que tenía derecho a hacerlo, a volver a pensarlo todo, para que así el descanso tuviera validez.

VIII

Veía a su madre lavarse la cara loa sábados de Gloria, cuando repicaban las campanas, a las diez de la mañana, para anunciar la Resurrección. ¿De dónde vino esta costumbre, quizá símbolo de purificación o protección primitiva contra enfermedades?

Veía a su padre poniendo a secar al sol las semillas de zapallo, de sandía..., y separando cuidadosamente las «vanas», es decir, las que no iban a germinar. A medida que el sol se movía por el patio, las latas con semillas marchaban siguiendo su camino. Por la noche, su madre las recogía rezongando:

—Tu padre, seca que seca las semillas para regalárselas después a los verduleros. Que no traen ni siquiera un zapallo.

Su padre, sí. Ese hombre que decía:

—He hecho sacar los álamos de la Carolina de la orilla del alambrado que da al camino y, en su lugar, plantamos higueras. Si a la sombra de esas higueras vienen a descansar los troperos y los carreros, a lo mejor dicen: Estas higueras las plantó el finado Barrandéguy...

«Siempre es dañosa la sombra del árbol que tiene leche...», dice el Martín Fierro. Pero su padre no creía en eso.

Se veía caminando por las tierras blancas, con su hermana, Argentina Burone y el loco Román, el poeta periodista, tan amigo de arrabales y muchachas.

Bajaban los terraplenes del puente Pellegrini, se acercaban al río. Por aquí vivía el viejo Vargas, aquel que iba a su casa a hacer changas y que una vez le regaló un cuchillito con cabo de madera que aún conservaba. Por aquí vivían los «Tacos». Era un barrio de casitas de lata, barrio de siempre posibles «inundados». Conocía de él lo pintoresco, no la realidad. Era milagro ver alzarse esas casitas hechas con tachos viejos y, a su alrededor, los malvones, las enredaderas, la cuerda con la ropa, los perros, los chiquilines.

> Desde el puente carretero podía verse, a diez metros bajo nivel, ese heterogéneo conjunto de viviendas, con arbolitos raquíticos, algunos cercos de quincho, algún caballo, perros, patos en los charcos, gallinas picoteando el estiércol, niños semidesnudos al sol, frazadas viejas sobre los pastos, cacerolas desfondadas con claveles y malvones, algún carrito desvencijado con las varas caídas, y mujeres lavando en sus fuentones o acuclilladas en los tajamares. Y sobre todo ello, un cielo ancho y allá, hacia el sur, una dilatada perspectiva de aguas combadas y de verdes follajes isleños. (Gudiño Kramer, «Barrio Centenario».)

Veía luego a su padre cruzar una vez más el puente con su caballo. Le hacían señas desde abajo, pero él no las reconocía.

Y allí estaban los espinillos florecidos en las tierras blancas, cerca de la absurda quinta de Belderrain que alza en ese lugar su isla de eucaliptus tenaces, cerca del zanjón donde se ahogó el tío Jorge.

Esta era para ella la atmósfera del pueblo, del mundo provinciano, todo lo que desde él regresaba a enternecerla. No solamente a enternecerla.

IX

No habían tenido de niñas, ella y su hermana, juguetes importantes ni vestidos numerosos. Entre sus más frecuentes diversiones podía ver aún el panorama de las casas de muñecas de papel, recortadas de viejos catálogos e instaladas en amplios «pisos» en las ramas del jazmín del Cabo; las horas empleadas en la observación minuciosa de las hormigas; las rondas en el patio de la abuela y las «estancias» en los canteros del jardín, y, como iluminados episodios de la infancia primera, el día del entierro de los picaflores que mató Hugo Corvino; el día del robo del autito de lata en «Las Tres Banderas» para hacer que su prima tuviera uno igual al suyo y las tardecitas en que la pródiga boca de las «muchachas» desgranaba para ellas las letras de los tangos en boga. También las escapadas y los «novios».

¿Podía pagar ahora aquí varias deudas morales? Deudas que venían de la conciencia y no de un compromiso en sí. Algunas de ellas habían perdido trascendencia en el curso de los años, como aquella con Casimira Amarillo, muchacha de su edad, a quien una vez dejara acusar de la rotura de la llave del zaguán que ella había quebrado. Pero la inocuidad que los días dieron a su cobardía, no había disminuido por eso su mala conciencia. ¿Cómo podría pagar eso? ¿Dónde andaría ahora Casimira? Por las calles del pueblo, más verídica quizá que ella misma, con sus siete hijos y una nieta, hija de su hija mayor, que ya había muerto.

También debía a Lita Amaral la visita que nunca le había hecho. Y deudas por agradecimientos que nunca hizo presentes. Con doña Laura Alarcón, que le había dado los datos para que ella escribiera sobre su abuelo, el «tambor de San Martín», datos que dormían aún entre sus cuadernos, en Buenos Aires. Y doña Laura había muerto... Y con la señora Elisa.

Pagaría aquí su deuda con la señora Elisa, sí. «Pagar» era para ella «contar», delinear su gratitud con palabras. ¡Siempre palabras!

X

Esta señora Elisa era una de las más íntimas amigas de su madre, una de las pocas con quien se visitaba con cierta asiduidad. Recordaba que muchas veces iba a su casa y tenía presente un patio oloroso, de baldosas coloradas, y dos piezas que daban a la calle, con esas ventanas bajas y típicas que llegan casi al suelo. La casa tenía muchas piezas más, pero sólo esas dos conservaba en la memoria, con pocos muebles dispersos, mecedoras, almanaques y alguna mesita rinconera que no alcanzaba a ubicar. La desnudez de los cuartos en algunas casas que conoció en su infancia siempre la había asombrado, quizá por contraste de decoración con la suya.

A ella y a su hermana les gustaba ir a lo de la señora Elisa y la respetaban por su manera dulce y silenciosa.

Por aquel entonces debían haber estado en sexto grado y solían ir por las tardes hasta la plaza San Martín, con otras compañeras, a hamacarse en las dos únicas hamacas grandes de jardín, que les parecían ser las que salvaban esa dignidad de señoritas de doce años que no habían perdido todavía el gusto de jugar. Las de cuerda eran para los chicos.

Se encontraban allí, muchas veces, con los «novios», otros compañeros de la Normal, de edad pareja. El pecado consistía en hamacarse juntos o dejar que los «caballeros» las hamacaran. Todos estos paseos y reuniones se realizaban «a escondidas». La

severidad paterna era de temer. Por lo menos en su casa. «Se lo diré a tu padre cuando venga del campo», era frase paralizadora de cualquier actividad irregular.

El conocimiento de estos paseos hubiera significado un desastre de consecuencias. Era de máxima importancia, pues, que nadie las «pillara».

Los novios de la infancia las acompañaban luego a la salida de la plaza, hasta la esquina de cada domicilio. Hasta la esquina, si es que se veía desde lejos la puerta de calle vacía de figuras inquisidoras.

Encontrar por la calle alguna amistad de la familia y que esta saludara hacia al grupo, se transformaba en una tragedia que ocupaba los comentarios de varios días. ¿Y si llegaba a enterarse Alvelda, el director de la escuela, aquel hombre de hielo, cuyos ojos leían en sus alumnos «como en libros abiertos» y que, a veces, amenazaba, con voz tonante, «colgarlos cabeza abajo para que se ahogaran con su propia baba»?

Una noche, pues, en que las acompañaban hasta sus casas algunos de los «novios», al pasar por frente a lo de la señora Elisa, la habían visto a esta en la puerta. Saludaron temerosas.

¿Qué diría la señora Elisa? Seguramente, tarde o temprano, iba a saber su madre que ella iba al lado de ese muchachito eternamente vestido de negro, que parecía siempre triste y, que si mal no recordaba, había perdido a sus padres.

El miedo las heló y ocupó de inmediato sus cuchicheos. «Mamá sabe y nos mata», había comentado con su hermana. «¡No nos dejarán salir más y el viejo, cuando venga del campo, nos va a dar una... !».

¿Quién ha medido nunca la intensidad de los terrores infantiles?

Al llegar a la esquina de Rovira se habían separado. Pero el coraje estaba bastante maltrecho al entrar a la casa. ¿Y si la señora Elisa había hablado por teléfono? ¡Las dos cuadras que separaban una casa de la otra y el paso lento que llevaban las «parejas» bien podían haberle dado tiempo para hacerlo!

Pero no, la señora Elisa no había hablado. La señora Elisa no habló en los días subsiguientes. La señora Elisa no había hablado nunca de esto con su madre.

Quizá no las reconoció. Quizá no le dio importancia. Quizá –quería creerlo ella ahora– las había comprendido. Y era, entonces, tan fundamentalmente buena como ellas la creían.

Lo cierto es que nadie se había enterado nunca de aquella escapada, ni nadie le había pedido cuenta por la compañía silenciosa y austera del muchacho de negro.

Desde entonces se había instalado en sus corazones el más profundo agradecimiento para con la señora Elisa. La saludaban siempre con la más amplia sonrisa. Y aunque nunca le hiciera presente su gratitud, podía aquí y de este modo –su único modo–, pagar hoy esa deuda.

No dudaba que la señora Elisa había de estar en el cielo. En ese cielo reservado para las gentes que comprenden a los niños.

¿Aunque no hubiera sido nada más que por eso, por no haber contado que las había visto, no se merecía acaso un sitio a la diestra de Dios?

XI

No recordaba más paseos habituales de ella y su hermana Lucía, que la dominguera visita a la casa de la *nonna* y, un poco más tarde, la plaza y el cine. El cine era una de las escapadas más riesgosas. Había que permanecer fuera de casa mucho tiempo, hasta saciar el entusiasmo por las interminables series de aventuras. Y se corría el peligro de que alguien las viera allí, o no las viera en la plaza, donde decían concurrir. Costaban las funciones unas pocas monedas que la generosidad consecuente de la abuelita Lola proveía sin saber su destino.

El único capital disponible –aparte de ese, esporádico, provisto por la abuela– era la moneda de diez centavos que su madre les daba cada domingo y que canjeaban enseguida por un cucurucho de «negritos» o «rosados» en la confitería de Markul.

La vida del pueblo, como actividad o trabajo, en aquella infancia de 1925, se les escapaba. Las categorías estaban para ellas establecidas rigurosamente. Las niñas de la sociedad, las niñas pequeño burguesas, las sirvientas. La suya era la central, en su más mediana expresión. Los extremos les estaban vedados. Nada sabían de esas vidas maravillosas o sufridas. Su vida era estrictamente familiar, y, sus amistades de infancia, las numerosas primas.

No estaban disconformes con su ubicación social y los sentimientos hacia los extremos no iban más allá de alguna pequeña

envidia superficial hacia las «niñas ricas» y de una triste caridad hacia las gentes pobres, que se acompañaba, como en todas las familias de su medio, de una ignorancia completa sobre ellas. Además, los «pobres» que venían a la casa, peones, sirvientas, lavanderas, chicos de mandados, troperos, carreros, parecían seres buenos, especialmente contratados por el padre o la madre para ayudar en las tareas, pero incapaces de salir jamás de su condición de tales. Por cierto que en su recuerdo aparecían como en exceso buenos y respetuosos.

XII

Francisca era uno de aquellos seres borrosos y humildes que pasaron por su casa, Francisca, que hoy también, con su sonrisa de setenta años, había traído una de las recetas de té para aliviar su malestar.

Regresaba, con su recuerdo a aquel patio viejo de la otra casa, y la veía entrar con sus blancas bolsas de ropa debajo del brazo, y asentarlas con cuidado en la galería:

—¡Mamá, está Francisca!

Así le anunciaban a su madre la presencia de la lavandera. Y mientras ella buscaba la pizarra de las anotaciones semanales, Francisca saludaba:

—¿Cómo le va, niña?

Interrogación siempre repetida a través de los años, los viajes, las primeras canas.

Era una mujer morenita y delgada, de edad indefinida y con unos pocos pelos, muy enrulados y bien ceñidos a la cabeza pequeña, acostumbrada a todos los vientos y a todos los soles. Todo en ella era menudito. Tenía la piel tostada y una estatura mediana. Era difícil dejar de mirarle las manos, quemadas y nudosas, que ofrecían esas palmas lechosas y lisas de las personas que han andado mucho con el agua.

Lavaba para su casa y para otras casas diversas. Cada casa tenía su bolsa de lona, donde ella llevaba semanalmente la ropa sucia y

traía la limpia, lavada pero sin planchar. Estas bolsas ostentaban siempre una blancura inmaculada.

Su madre decía:

—Déjenla un poco aparte a la ropa, porque no se sabe nunca si puede traer una chinche.

Una chinche era –entre otras– la obsesión más compartida en la familia de su madre. Y quizá de saber cuántas había matado ella en las pensiones de Buenos Aires, muchos familiares le hubieran retirado el saludo.

Si estaban enfermas –como ahora lo estaba ella en esta cama de hierro y bronce– Francisca venía a saludarlas hasta el cuarto y se despedía invariablemente repitiendo:

—¡Que se amejore, niña!

Sería imposible repetir el tono resignado, abierto, malicioso y defensivo de su voz. Todo al mismo tiempo. Tenía unos silencios y unos «¡Aajá... !» que iban a mascullarse luego, largo tiempo, en esa cabecita pequeña.

Su máxima expresión de asombro y su mayor comentario, eran:

—¡Pero, fíjese!...

Su cara tostada, poblada de arrugas infinitas provocadas por la constancia del sol sobre su frente, no se alteraba. Ni su voz tampoco subía del tono opaco que poseía, ante ningún comentario.

La madre –con ese empaque provinciano que no desdeña conversar con cualquiera, sin apearse, sin embargo, del lugar que le ha sido reservado– preguntaba discretamente por las señoras de las otras casas. Y así surgían a veces, relaciones ocasionales, trabadas por los errores de la lavandera. Su madre hablaba entonces por teléfono:

—Hablan de lo de Barrandéguy. ¿Cómo están por ahí? Nosotros bien, gracias. Quería preguntarle, señora, si Francisca

no le habrá llevado equivocada una sábana que me faltó esta semana. Sí. Tiene una «S. B.». Por favor, fíjese usted.

Hasta que la sábana aparecía.

—Estas «chinas» son capaces de usarlas ellas una semana y traerlas después, como si se hubieran equivocado de bolsa—, decía su madre.

Era dudoso que en el ranchito donde vivía Francisca se usaran sábanas. ¿De qué utilidad podía ser una sábana, una sábana sola, entre tantos habitantes como los que había visto surgir de la mano de la lavandera a medida que los años transcurrían?

Francisca Josefa Méndez pertenecía a una dinastía de lavanderas que vivían detrás del hipódromo viejo, en uno de los ranchitos de miseria habituales en las «tierras blancas». Su casa era una especie de matriarcado, presidido por una abuela legendaria, y en esa casa los varones parecían siempre habitantes de paso. Venían, a veces, algunos niños, de muy pequeños, y eran luego sólo las mujercitas las que continuaban llegando con Francisca, hasta hacerse muchachas y «colocarse» en las casas del pueblo. Los padres o hermanos eran carreros, peones de campo o vareadores del Hipódromo. Todos los hijos varones seguían el mismo ritmo de vida y comenzaban, desde niños, el aprendizaje de los caminos.

Semana a semana venía así, Francisca, con la ropa, que había que «contar» e ir borrando de la pizarra tradicional en la que su madre la anotaba. Esta pizarra tenía a un lado una tira de papel pegada con goma en la cual figuraba la lista permanente de lo que Francisca llevaba: sábanas grandes, chicas, fundas, toallas, calzoncillos, camisones, enaguas, manteles, servilletas... Al lado de esa lista y ya sobre la misma pizarra, se anotaban las cantidades o «piezas», así como los anticipos y las deudas de su madre, si

es que una semana le faltaba cambio. Sí, ¡porque para pagar este lavado, con «cambio» solo alcanzaba, muchas veces!

Veía a su madre instalar cada vez su desconfianza frente a la bolsa abierta. La cuenta se hacía minuciosamente y Francisca recibía los setenta y ochenta centavos con que se pagaba la docena. Las piezas chicas contaban por una y las grandes por dos, para formar aquella docena, o docena y media que hacían la cuenta de la semana.

La veía luego alejarse en el atardecer, como siempre, como si el tiempo no transcurriera, con un pasito lento y resignado, como toda su vida. Sin edad, menuda, morena, silenciosa, Francisca marchaba cargando sus bolsas de ropa que había de traer lavada en el río y con olor a sol, guardando en un bolsillito de su vestido el pañuelo donde iba anudado, en uno de los extremos, el magro montoncito de sus monedas.

Pero he aquí que su infancia se erguía y salía al encuentro del hombre que venía del campo con una rama de espinillo florecido en la mano. Y las botas sucias de barro, de sudor del caballo. Había que limpiarlas, tarea ingrata que no le gustaba hacer y que ahora se le ocurría una disciplina. Amén de los «espuelines» de plata, que más tarde había descubierto se llamaban «espolines». Esos espuelines de plata, que con sus pequeñas rodajas de hierro, tenían que estar también muy brillantes y sin manchas.

Y cuando este hombre llegaba había que traer, rápido, el absurdo sacabotas, para que allí nomás, en el patio –antes de que entrara a los cuartos que su madre, como todas las dueñas de casa, deseaba conservar limpios–, se sacara las botas y se pusiera las zapatillas que, por aquel entonces, eran de buen cuero y que ella se solía poner para andar por la casa.

Si era verano, su madre tenía preparada en un vaso muy alto una limonada con agua fresca. Le parecía aún oír el tintineo de la cuchara contra las paredes del vaso al revolver el azúcar del fondo. Ese tintineo que sonaba a mala educación a sus compañeros cuando ella lo producía en el vaso de té de la oficina. Las niñas miraban y si la sed no era mucha, el padre las dejaba tomar un poco a cada una.

En aquel tiempo de las zapatillas de buen cuero había muchas cosas más, bonitas o de calidad, o simplemente hogareñas, que formaban la atmósfera de su padre y su madre, de lo que ellos usaban o adquirían, sin que los gustos de las dos hijas –que aún ni siquiera se perfilaban– hubieran impuesto cambios. Por ejemplo, había un agua para enjuagarse la boca, una hermosa agua roja del «doctor Pierre», que hacía picar las encías y las dejaba frescas y perfumadas. Había un eterno jabón de afeitar en un pote de loza blanco, jabón que nunca se terminaba. Y, en el mismo lavabo donde estas cosas se encontraban, estaba también la ballena, extraída no se sabía de cuál corsé legendario, con la que su madre les hacía limpiar la lengua cuando era ya evidente que la tenían sucia. Para esta ilusoria limpieza había que tomar el trozo de ballena, de unos veinte centímetros de largo, con las dos manos y pasar sus bordes, con energía, arriba de la lengua.

Su madre tenía, asimismo, perfumes varios y duraderos. Y altas pilas de sábanas bien olientes. Olor a guardarropa de cedro que siempre seguía buscando entre sus propias ropas y en todos los roperos que abría.

Era aquel también el dichoso tiempo de las masitas de los domingos, que el padre traía de la confitería, por la mañana, hacia las doce, mientras las niñas esperaban impacientes en el zaguán, hasta verlo desde lejos con el paquete colgando de su

mano. Su padre llevaba, en ese entonces, un reloj de plata que pendía de una cadena de oro.

Ese hombre que venía del campo con la rama de espinillo en la mano, era pequeño, serio, habitado por misteriosas ráfagas de ira. Siempre vestía de negro y lucía unos grandes bigotes que cuidaba y aderezaba con la pasta de un tubito con olor a rosa, a caramelos rosa. Ponía un poco de esta pasta en el peine y luego se peinaba hacia arriba las puntas de los bigotes, que quedaban tiesos y perfumados. La pasta se guardaba en el casi sagrado cajón de los pañuelos, en uno de aquellos mueblecitos tapizados de cretona. Pañuelos había muchos, todos blancos. Los de mano debían estar siempre perfectamente planchados, sin una arruga en los bordes, cosa que ella nunca podía lograr como es debido. Los de cuello eran de seda, de buena seda amarillenta y fresca. A ella le gustaba, cuando era niña, ponérselos en la cabeza y en el cuello, ensayando frente al espejo, el nudo chato de la «golilla» gaucha.

XIII

¿Eran «los grandes» tan tontos como para no darse cuenta de las incursiones al ropero? –pensaba ahora–. En su infancia, el descubrimiento de esas andanzas hubiera adquirido una importancia desmesurada. Pero... ¡las cosas que podían hacerse cuando su madre se iba de casa!

No había llegado aún a la esquina cuando ya corrían, ella y su hermana, al dormitorio en busca del banquito pequeñísimo que utilizaban para alcanzar el estante alto del guardarropa. En ese estante había un nicho con puertas, donde su madre guardaba todos sus secretos, los regalos de boda que no se habían usado nunca y un ejemplar de *El matrimonio perfecto,* de Van de Velde, libro prohibido donde, un día de sus trece años, pudo consolarse de la «terrible desgracia» de ser mujer, con el capítulo correspondiente en que se enumeraban las ventajas del nuevo estado.

Cada visita de su madre a casa de sus hermanas, ellas repetían el rito de revisar el estante prohibido. Sacaban las cosas, abrían los estuches y luego volvían a colocarlo todo en orden para que la incursión no fuera advertida.

En otra parte del enorme guardarropa, tenía su madre los perfumes, la brillantina y algunos remedios para calmar los dolores del hígado. Y, en un frasquito de boca ancha, la piedra que le habían sacado al operarla.

Recordaba que algunas tardes le robaba un poquito –una gota– de brillantina rancia y se la pasaba por el pelo y, si otras se «sentía muy nerviosa», tomaba una cucharada grande del calmante que, felizmente, era lo suficientemente viejo como para no hacerle nada.

En la cama «grande» ensayaba a veces posturas de muerte, de cómo la encontrarían si se muriera, pero se desilusionaba al no poder ser, al mismo tiempo, protagonista y espectadora.

En otros momentos, con el revólver que extraía del cinto de su padre, ideaba el modo de suicidarse delante del espejo. Tiro en la sien, en la boca o en el oído, con cuyos ensayos había de probarse a sí misma que era valiente, pensando que si las primas la hubieran visto, hubieran aullado de miedo y huido velozmente. En ese entonces, la creencia de que su abuelo se había suicidado con revólver y la lectura del suicidio de un escritor con un balazo en un oído, se mezclaban en su mente con el orgullo de las cosas inusitadas que en sí descubría, con su rebeldía y su ansia de lo espectacular. Llamar la atención, *épater.* Todo, sed de cariño que se prolongaba... pensaba ahora.

XIV

Oía que alguien decía mientras cruzaba el patio provinciano:

—De vez en cuando se debe andar un rato descalzo para retomar contacto con la tierra.

Sí, era cierto. ¿Acaso, de niños, todos no habían andado descalzos?

—Mamá, ¿me dejás andar un rato en patas?

Una niñez provinciana llevaba implícita sus temporadas en «patas», cualquiera fuera la clase a la que se perteneciera. Había oído gentes que negaban con energía haberlo hecho. «Presunción absurda avergonzarse de esto», pensó.

Es claro que a la calle no las dejaban salir descalzas, pero, si un día se presentaba un «mandado» apurado, era seguro que su madre no prestaba atención si no tenían tiempo de calzarse las zapatillas. Y como sólo andaban descalzas en el verano, allí iban entonces, con una gracia forzada, saltando sobre las baldosas calientes.

Todavía podía decir que conocía de memoria las clases de baldosas que componían las veredas de las dos cuadras que iban de su casa de entonces hasta la de la *nonna,* ya fuera por la vereda de la sombra o del sol. En la que recibía el sol mañanero había un trozo de grandes lajas cuadradas de color arena. Treinta y tres lajas de diversos tamaños, que quemaban más que las baldosas comunes. No había viaje en que no las hubiera contado, aunque pasara sobre ellas corriendo.

XV

De casa de sus abuelas o tías, a la suya, su infancia había ido encariñándose con los patios, con los jazmines diversos. La meta de sus paseos extraordinarios era siempre, asimismo, vegetal o frutal. Como vegetal y frutal era toda la tierra suya.

Allí estaba, pues, alternando los programas habituales de patios de familia, aquella dominguera visita a las «chacras» en busca de higos, duraznos o frutillas. ¡Chacras de los italianos laboriosos y prolíficos, compatriotas de su abuelo! Recordaba bien sus orgías de orejones, sabrosos orejones que se secaban sobre los techos de paja o zinc de las casas bajas.

Otras mañanas, su padre, la tomaba de la mano para ir a casa de su hermano Joaquín. ¿Qué maravillas encerraba esa chacra donde el tío vivía solo? Herramientas y motores múltiples, artefactos de electricidad y fotografía, un aeroplano de más de un metro de alas –¡un aeroplano en aquellos tiempos!– colgando del techo de una de las piezas. ¿Cómo había aprendido su tío tantas cosas? Ya lo explicaba su cuantiosa correspondencia. ¡Hasta de Norteamérica recibía lecciones técnicas!

Allí, en esa chacra llena de tesoros, se recogían abundantes frutillas. Y también la curiosidad se aguzaba tratando de hurgar un poco en la vida de este solitario. El sol, que de costumbre la acompañaba, había ido revelando un día, a su asombro, las figuras dormidas en los vidrios de las ventanas del galpón grande.

Aquellos vidrios eran viejas placas fotográficas, y sus negros y blancos hacían sombras fantásticas en el suelo de tierra del galpón, sombras humanas. Niños sobre un triciclo, una señora junto a una maceta, dos muchachas del brazo, un señor de galera... Iban surgiendo de las placas y parecían rondar como espectros silenciosos, semejantes a las figuras de aquella familia ignorada que lucía sus galas en las páginas de *El nene*, de Andrés Ferreyra.

¿Quién sería capaz de negar que, a la larga, no se hubieran tomado venganza las figuras inmóviles? Presos en las ventanas del galpón, ¿componían el mundo familiar del tío Joaquín y se aposentaron acaso, lentamente, en su razón? Un día se enteró de que había sido internado. La chacra quedó sola. Y los niños que saltaron el cerco para hartarse de frutillas y curiosear, como ella misma, habían deshecho luego, a pedradas, la magia de las ventanas.

XVI

Se veía ahora yendo hacía el campo, a veces en sulky, con su padre, otras en procura de las vacaciones veraniegas con galopes, baldeos de agua en el pozo del tanque australiano y, sobre todo, ríos, lagunas, búsqueda de nidos.

Ir en sulky con su padre la llenaba de orgullo. Tan temprano se levantaban que recién a diez kilómetros del pueblo veían salir el sol.

De madrugada, pasaban por el cementerio de Carbó...

Este era uno de sus más curiosos recuerdos de infancia. Se perdía en la leyenda el origen de este cementerio campesino. Dos gauchos rivales en el amor de una mujer habían cruzado allí, en un atardecer, sus cuchillos para resolver sus querellas. ¿Por qué no? El duelo es feroz y uno de ellos, malherido, consigue ultimar al otro y huir a caballo sin que se sepa más nada de su suerte. Como en el *Martín Fierro,* pensó de nuevo al imaginar este desenlace:

> Limpié el facón en los pastos,
> desaté mi redomón,
> monté despacio y salí
> al tranco pa el cañadón.

Había una vieja costumbre campesina que consagraba al respeto, en todo el interior, los lugares donde había ocurrido una muerte violenta. Las gentes colocaban allí cruces modestas, velatorios, flores, monedas, y se santiguaban frente a esos lugares donde se suponía vagaba, en pena, el alma del muerto sin confesión. Se alzaban estas cruces junto a los caminos, donde es obvio el encuentro de los hombres.

Quizá un día –«en memoria de un amigo»– arrimada a uno de los árboles del lugar del duelo, apareció una humilde cruz de ramas, con su vela encendida y un tarrito de monedas para mercar las velas o las flores del homenaje.

Quizá también en algún invierno, una gran inundación del Gualeguay imposibilitó las comunicaciones de la campaña y el pueblo. Y habiendo muerto por aquel entonces dos personas, alguien tuvo la idea de enterrarlas junto a aquella cruz de los talas. ¿O fue la fiebre amarilla o el cólera del 68 que habilitaron a la fuerza este umbroso rincón campesino?

Se imaginaba que alguien había cercado, más tarde, el pequeño retazo de campo, tal vez para apartarlo de la frecuentación de los animales. Y así había nacido el pequeño cementerio de los talas, en Carbó. Nuevos muertos habían ido viniendo a hacer compañía a los primitivos. Y el pequeño rincón de silencio se llenó así de cruces y de ofrendas.

¿Por reminiscencia de qué costumbre surgió la idea –frente al primer muerto niño que fue a dormir junto a los talas– de colocar el cajoncito sobre las ramas? Quizá alguna lejana costumbre india, algún impreciso deseo de pureza o una ferviente e ingenua esperanza de que desde lo más alto se llegara más rápidamente al cielo. Ella no lo sabía. ¿Quizá era sólo una idea infantil aquella que le hacía ver cajones en las ramas de los talas?

Recordaba con precisión este cementerio como un potrerito lleno de cruces de todas clases. Todas pobres, algunas caídas, otras más firmes. Sobre los gruesos y viejos talas le parecía ver los cajoncitos blancos o claros, cubiertos por enredaderas, mecidos por las ramas protectoras de los árboles y rodeados de flores secas y coronas de flores artificiales, lazos y velatorios. Por las noches, fosforescencias y «luces malas» habitaban –según se decía– las ramas de los árboles.

Le gustaba imaginar todo esto, fuera o no cierto, pues lo esencial era que aquel rincón verde había existido y no los cuatro talas pelados que se veían ahora desde el camino.

Los alambrados de aquel cementerio entrevisto en las madrugadas desde el camino, exhibían un encaje verde de lianas y enredaderas, formando un lugar fresco y sombrío, rumoroso de pájaros. El arisco «pecho colorado» podía verse muchas veces luciendo sobre el alambrado, confiado en la tranquilidad del lugar. Y también alguna pequeña, tímida y blanca «paloma de la Virgen», en quien todos encarnaban el alma triste y errante de alguna novia muerta o de algún fallecido por penas de amor.

El recuerdo del cementerio de Carbó acompañaba desde sus días infantiles a la idea de una muerte dulce, entre los árboles, los pájaros y el verde de los yuyos altos.

XVII

Una vez, de vuelta de uno de aquellos viajes al campo con su padre, los había sorprendido una tormenta de verano. Buscaron refugio entonces en un «puesto» de estancia llamado Los Hinojos, por los altos hinojales que lo rodeaban. Las paredes de barro del rancho estaban cubiertas por dentro, de recortes de diarios y revistas. Allí se exhibía la fantasía del hombre de campo, su adorno más barato. Y junto a la bailarina o el boxeador, prendida, con una flor seca en el costado, una estampa de la Virgen o del niño Jesús.

De allí en adelante, cada cuento de miseria o aventura campesina había de ubicarse, en su imaginación, entre las paredes del puesto de Los Hinojos o en su patio de tierra, donde dormían los perros bullangueros y flacos.

XVIII

Le venía en este momento a la memoria un ancho verso de Bernárdez que unía en ella la imagen siempre presente de la muerte, a la de aquellos troperos silenciosos que tantas veces viera por los caminos de Alarcón o del Tercero:

> De nuestro paso por el mundo
> no dejaremos ni una imagen ni un vestigio.
> No dejaremos ni el recuerdo
> que deja el viento en la memoria del camino.

Así decía Bernárdez. Así era nomás con aquellos hombres humildes del campo.

Ahí estaba don Julio Olivera, muerto de una rodada, en su ley, a los 72 años. Lo veía subir a caballo en la puerta de su casa, con una agilidad fabulosa. Cada vez que su padre tenía que mandar un arreo, lo buscaba a don Julio, magnífico tropero, que conocía todos los caminos, todas las huellas, todas las plantas, todo el cielo, como los paisanos, como ese mismo padre.

Apenas recordaba su figura física. Lo más si veía era su pelo duro y canoso, sus maneras dulces y lentas, el látigo en la mano como una prolongación de su brazo fuerte, el látigo golpeando suavemente las botas.

Días y días arreando hacia todos los horizontes, con lluvias y solazos, sin que se le perdiera un novillo ni se le quebrara un ternero, ni se le muriera una vaca por «desconocer» el venenoso «mío-mío». No había dejado ni un recuerdo, es cierto. Había sido, sí, como «el viento en la memoria del camino». Pero para ella no había otra figura de resero que la de don Julio Olivera. Y tenía de él una imagen que se recortaba en el atardecer.

Lo veía parado sobre sus piernas firmes, «boleando» la derecha sobre el basto sencillo pero nutrido de caronas limpias y mullidas, y alejándose al tranco de su caballo bien cepillado. Silencioso y seguro de sí, como todas las gentes campesinas, trabajadoras y agobiadas por un cielo demasiado ancho y una tierra ajena.

Sirviendo, como siempre, había muerto don Julio. Desnucado por su pingo, que había querido, él mismo, mandarlo de una vez por todas al cielo, a descansar su fatiga orgullosa, sin rezongos ni quejas.

¿Acaso no tendría uno que hacerlo todo así, «sin rezongos ni quejas», aunque se supiera que detrás nuestro no quedaba nada?

XIX

Recordaba haber oído decir a Juan Ortiz que el acopio de sus imágenes montieleras de infancia había conformado más tarde el tono de su poesía de paisaje entrerriano. Comprendía que permanecían dentro suyo también, como el mejor tesoro, todas las imágenes de su infancia campesina. Si a veces, ya en la adolescencia, las vacaciones en el campo se habían transformado para ella en un castigo, nada impedía que la luz y los escenarios en que ese castigo transcurriera, hubieran quedado entre sus recuerdos más gratos.

Para ir al campo venía en busca de todos un gran break negro de su padre y allí cargaban niños, «muchachas» y enseres para iniciar el entonces largo viaje. Conservaba de estos viajes dos imágenes claras. Un camino de greda lleno de grietas que le parecían muy profundas y un boliche, a la izquierda del camino, donde siempre se detenían para tomar algo. Los mayores bajaban. Quizá sólo lo hacían su padre y el conductor. Y «las mujeres y los chicos» quedaban en el break, hasta donde les traían alguna bebida o golosina. Es decir, varias botellas de «bolita» y esos caramelos de boliche que siempre se habían distinguido por la riqueza de su gusto y por su escasa facultad de indigestar.

Una vez en el campo, las tareas eran pocas y la libertad, mucha. Las tareas eran ir a la huerta y juntar verduras o sandías; baldear agua a caballo en el aburrido ir y venir que sube y

desciende el balde volcador; traer, también a caballo, la carne que el carnicero dejaba dentro de una fiambrera que, al efecto, se hallaba colgada de un tala al borde del alambrado; desgranar maíz, que era la más fatigosa de todas, y hacer como que ayudaban en un arreo corto o rodeo. La de buscar la carne era la más constante, si bien les dejaba tiempo para hartarse de «frutitas de tala», a la ida y al regreso.

La libertad era tener caballo ensillado todos los días, por la mañana y por la tarde, ir a la laguna o al río, bañarse allí, andar en canoa, «cruzar al otro lado o a la otra costa», andar, correr, soñar.

Tenía la impresión de que aquella vida se había desarrollado en medio de una gran felicidad y estabilidad financiera, aunque las comprobaciones posteriores pusieran todo esto en duda. Pero ninguna preocupación cruzaba entonces por sus mentes infantiles.

Por la mañana comían churrascos que preparaba el tío Pedro; a la siesta, sandías especialmente elegidas y puestas al fresco; por la tarde salían a caminar o galopar hacia cualquier lado y, a la noche, no faltaba quien contara cuentos fantásticos. La vida de los «grandes» les era completamente ajena. Apenas si la sed de lecturas, ya manifiesta, hacía que ella tratara de inmiscuirse en la escasa biblioteca del tío, o la aguda curiosidad infantil las impulsaba a averiguar las relaciones que ligaban a este tío viudo con la puestera y cocinera y sus dos hijas.

Estas eran las impresiones campesinas objetivas de su infancia. Y las faenas típicas, como la marcación de animales, la doma, el baño, la curación de abichados, el rodeo, los fogones de la lluvia y las guascas... que estaban grabadas en ella hasta el punto que no sabía si cada relato de esta clase que hoy leía se ubicaba en aquel escenario campesino, o si eran los relatos que configuraban la imagen.

No podía dilucidarlo bien, pero sabía que dibujaría claramente el plano de la casa y que, en el lado donde veía los corrales o los galpones se registraba para ella cada escena campesina de las que había ido encontrando en los libros, así como el recuerdo de Los Hinojos era donde centraba cada episodio de vida de algún gaucho desposeído. Hasta el *Segundo Sombra* se desarrollaba, si ahondaba un poco, en aquellos campos de La Escondida...

Sobre aquel escenario real se tejía a la vez un mundo de temores, fantasías, árboles inmensos, bestias nocturnas, aparecidos, fuegos fatuos, accidentes, al punto de que no recordaba terrores más ciertos que los de algunas noches de campo en que su padre no regresaba de un viaje fortuito a la ciudad por alguna causa imprevista.

Toda esa riqueza estaba viva, pero sobre todo los verdes, el agua, el aire y la luz de aquellos escenarios maravillosos.

XX

«Tú me preguntabas –¿no es cierto?– aquella tarde, paseando por los senderos del parque Lezama, mientras yo te contaba mi infancia, qué era aquello de baldear agua a caballo. Tal la distancia que corre desde tu barrio de Barracas, donde naciste, hasta esos verdes y esos soles entre los que yo a mi vez nací.

»Cualquier provinciano del Litoral podría decírtelo, cualquiera de esos lentos amigos que conocen las playadas de los ríos, los montes de las costas, las barrancas, las faenas minuciosas de las gentes del campo.

»Ahora me pregunto por qué había en algunos campos tanques australianos, siendo de por sí tan numerosas las aguadas. ¿Por qué no había molinos, por qué no había motores? Quizá eran demasiado caros. No sabría decirlo.

»Pero a los niños nos estaba destinado el baldeo, que no podía hacerse a mano porque el balde era enorme, con una gran válvula que ocupaba casi toda la base y que se abría al tomar contacto con el agua y se cerraba al llenarse el recipiente. Este balde subía luego dirigido por dos cables que pasaban por asas de sus costados, e iba a calzar en una ancha canaleta que desembocaba en el tanque. Una vez calzado en la canaleta el balde se volcaba hacia el tanque, a causa de la tirantez del cable atado a la cincha del caballo. De ahí su nombre: balde volcador.

»Es claro que como la tarea no podía hacerse a mano, el balde se izaba con ese largo cable que se ataba a la cincha del caballo. El ir y venir de este, marcaba el descenso hasta el agua del pozo y la laboriosa subida con el balde lleno. Había que ir y volver despacio por el sendero trazado, y de modo que el cable no se enredara y estuviera siempre tirante.

»Ya ves. Ahora te lo he explicado. Ahora lo sabes. Ahora que estarán floreciendo en el parque las gardenias y las "olea fragans", y tú estarás mirando otras caras con la ansiedad con que miraba yo aquella tarde la tuya. Ahora que desde este cuarto viejo escucho concentrada, mientras mi madre habla, las voces y colores de aquella infancia para despojarme de ella, arrancármela de dentro y ponerla en las manos como las tuyas, por mí elegidas, que no la compartieron, ni la compartirán ya nunca. Porque, ¿es acaso trasmisible nuestro mundo, el acopio invisible? Estas que miro son nada más que las tablas ciegas del andamio, amontonadas a un lado ahora que la construcción está bien revocada y las posibles grietas se han tornado, para los otros, invisibles.»

XXI

La búsqueda de nidos constituía uno de los deportes campesinos más constantes de aquel entonces. Tenía lugar por las mañanas, luego de las pequeñas faenas.

Salían cargadas de palas y varas –que se turnaban en llevar–, y seguidas de los perros, y era más la preparación que el resultado y mayor el afán de moverse que el de encontrar algo.

Trepaban a los árboles en busca de los nidos de paloma o tijereta en los que, a veces, un tordo indiscreto contribuía a aumentar la nidada. Revisaban los troncos huecos, detrás de los de «cachilo» o «tacuarita». Y hubiera sido la gloria mayor encontrar algún nido de perdiz o de tero, cosa que nunca había logrado pese a registrar incansablemente los lugares donde las perdices levantaban el vuelo, o aquellos alejados del lugar en que el tero gritaba. Pues es ya sabido que donde el tero grita, no pone.

No recordaba, sin embargo, que hubieran sacado nunca los huevos o se llevaran los pichones, que hubieran hecho collares o colecciones, o criaran pájaros como tantos otros niños. Aquella búsqueda se limitaba a inspeccionar, tocar, descubrir, compartir el secreto tibio de las aves y nada más.

En cuanto a ella, para no destruir los nidos, se atenía a un juramento formulado en su infancia primera y que se había originado así: un día que jugaban con otros niños en la plaza pueblerina, descubrieron entre una planta de paja brava, en un

cantero, un nido de cachilos con dos pichoncitos recién nacidos. De más está relatar la alegría y la excitación de los que jugaban. Todos habían corrido hacia el nido y uno a uno fueron levantando los pichones, ante los gritos alarmados de los padres. Más adelante no había ido el empeño, y los pichoncitos quedaron donde los encontraron. Pero, una semana más tarde habían vuelto al lugar. ¿O habían pasado simplemente, por ahí, con su hermana? No estaba segura. Pero sabía que se habían acercado de nuevo al nido y había acaecido ahí una de las más dolorosas comprobaciones de su niñez: los padres, como tantos otros cuando se les toca el nido, habían abandonado a los pichones y estos aparecían muertos, sin siquiera haber acabado de emplumar. Enorme había sido la consternación de las niñas y la seguridad de su culpa las había dejado calladas. En ese silencio, ella se formuló a sí misma el juramento de no tocar nunca más un nido. Y así lo había cumplido siempre con un reverente temor. Tan grande le parecía el pecado que pensaba que jamás habría de terminar de pagarlo. Y aún en este momento, reflexionando, así le parecía.

Pero, en el campo, el deseo de aventuras las hacia salir, sin embargo, aparatosamente armadas, en busca de nidos, aunque no los destrozaran. Solamente eran crueles con las lechuzas, pero nunca se dio el hecho glorioso de que lograron fruto las laboriosas excavaciones que emprendían ayudadas por los perros. Estaban tan bien hechos los agujeros en la tierra que apenas si lograban fatigarse, excitar a los perros y obstruir momentáneamente la salida de las lechuzas.

Nunca se habían organizado, en los campos donde trabajó su padre, expediciones de caza, ni siquiera a los dañinos loros que, a la siesta, daban cuenta de los maizales en medio de una gran

baraúnda. Y las perdices volaban en todos sentidos, aun a pocos metros de las casas.

Su padre traía, sin embargo, cuando era la estación, huevos de perdiz, de avestruz o de tero, que juntaban los peones y se comían de diferente manera. Los de avestruz en «yemas quemadas» o buñuelos llamados «tortillas», con muchas pasas de uva. Los de tero o perdiz, duros o simplemente crudos.

Recordaba que una de esas mañanas que salieran en busca de nidos, dieron con un toro bravo que les hizo probar su rapidez y capacidad de escalamiento, pues, ante su embestida inesperada, habían buscado refugio en un tala. Y veía aún al toro clavando sus astas malintencionadas en el tronco del gran tala que sostenía, tembloroso, a ledos los niños. Abajo, abandonados, quedaban los instrumentos de la aventura. No recordaba cómo lograron salir del apuro y regresar, luego, rápidamente, hacia el círculo seguro de los mayores. Pero por su madre sabía ahora que el rescate había partido desde «las casas» donde los mayores estaban alarmados de la tardanza de los niños.

XXII

—¿Los talas son árboles de muchas espinas? —le había preguntado, una vez en la ciudad, el hombre magro y silencioso que venía de la provincia de Buenos Aires—. Porque yo compré uno y me lo llevé para casa y ha resultado un árbol espinudo, que no es como me imagino que son los talas... Dicen que echan muchas ramas.

—Sí, muchas ramas —había recordado ella.

—¿Salen de semillas? Dicen que para que la semilla agarre tienen que comerla los pájaros, y una vez digerida, entonces, prende.

Nunca lo había oído, pero tal vez fuera cierto.

—Alguna vez voy a ir por la orilla del Río de la Plata adonde crecen los talas, alguna vez que venga con tiempo de Olavarría.

Así había hablado aquel hombre dirigiéndose a ella.

Es claro que los talas eran árboles de muchas ramas. En lo del tío Pedro, frente a las casas, había dos talas muy viejos y muy grandes, con las ramas colgando hasta el suelo. Formaban como una enorme glorieta donde se guardaban el carro y los arreos, y donde las gallinas dormían o se refugiaban de la lluvia. Bajo esos talas se tomaba mate o se habían reunido ellas, de chicas, en aventuras misteriosas o complicadas, como las de hacer que las varas del carro desatado dejaran por momentos de señalar el cielo.

XXIII

En el break de los viajes largos, se ubicaban las señoras y los comestibles cada vez que, desde «las casas», iban a pasar el día a la costa. Los hombres y los niños marchaban a caballo hasta orillas del río Gualeguay.

El acceso a esas orillas se hacía difícil a causa de un monte enmarañado de sarandíes, sauces, chañares y otros árboles, en los que se enredaban numerosas plantas trepadoras. Había, pues, que dejar el break a cierta distancia de la costa y seguir a pie, por senditas de ganado, y abriéndose paso con el machete hasta arribar a las playadas hermosísimas donde se tendía la parrilla.

Los niños que iban a caballo –¡qué bien lo recordaba!– realizaban una empresa de riesgo, pues antes del río solían atravesar arroyitos o zanjones, amén de tupidos pajonales que cortajeaban a placer las piernas y a veces, hasta la cara. Los ramajes de los árboles eran tupidos y bajos, por lo que había que agacharse continuamente. A ratos, el miedo contraía un poco el ánimo, sobre todo si los mayores llevaban delantera, pero el afán de mostrar capacidad y coraje, los mantenía montados y sin pedir ayuda. Así llegaban a esas playadas de una arena amarilla y fina como no había ella vuelto a ver y que marcaban cada recodo del río. Eran de poca extensión pero de gran belleza y se ofrecían a la llegada, en medio de un silencio profundo y de un vuelo de aves asustadas por la irrupción. El río corría lentamente, casi siempre

con poca agua, cosa que permitía, a veces, ver el fondo y otras, contemplar tranquilamente los cardúmenes de sábalos que los peones y el tío Pedro salían luego a arponear por las noches.

Su madre se apresuraba luego a hacer provisión de yerbas con ayuda de los niños. Y así juntaban lusera, marcela y otras plantas medicinales que habrían de transformarse más tarde en «tés» adecuados para cada dolencia más o menos leve.

Si el río estaba bajo solían cruzarlo a pie, y, si no, a caballo. Un día su padre la había invitado a cruzar al otro lado a caballo y llegarse hasta lo de una hermana suya que tenía campos sobre la otra costa. Así lo hicieron y fue esta una de sus mayores alegrías infantiles. Uno de sus orgullos más limpios. Curioso es que de este viaje sólo recordara la ida y el recibimiento alborozado de las primas, habiéndosele borrado totalmente el regreso, que imaginaba apresurado y miedoso, ya que toda la euforia fue empleada en llegar y hacer historia familiar con este viaje, como así había resultado.

Se bañaban en la orilla y tomaban mate, y pocas impresiones conservaba ella de días más gloriosos que aquellos.

Una tarde en que la excursión se había hecho hacia una gran laguna de más fácil acceso que el río y que con él comunicaba, había sorprendido a los paseantes una tormenta inesperada. Todo el mundo corrió a ubicarse en el break y a emprender el regreso apresurado. Los hombres montaron a caballo y salieron al galope. Llovía torrencialmente y caían numerosos rayos de un cielo negro y bajo. El coche corría entre los espinillos y todos pensaban en los que iban a caballo.

—Mientras a nadie se le ocurra refugiarse en un árbol, todo irá bien —pensaba en voz alta su madre.

Pues era sabido que los árboles atraían las descargas y que resultaba más práctico aguantarse a cielo abierto el chaparrón. Felizmente, nadie se detuvo y llegaron antes que los demás a las casas. Cuando, por fin, arribaron los del break, el agua corría ya por arriba de los asientos de madera, filtrada desde el pescante por la fuerza del chaparrón, con gran contento de los niños por esta aventura inesperada y a disgusto de su madre por la mojadura consiguiente.

Recordaba esta tormenta de verano como una de las últimas y más accidentadas de sus excursiones veraniegas de infancia.

XXIV

Aquella luz no había sido recobrada. Era la luz violenta de la siesta, que apenas podía enfrentarse con los ojos abiertos. Comenzaba a precipitarse cuando Lucía y ella llegaban al fondo, a comer su fruta después de haber pedido permiso para levantarse de la mesa. La veía surgir bajo el verde de las moreras de su adolescencia, la veía brillar sobre las filas de álamos que se erguían frente a las casas de La Nuca. A partir de aquella hora de la fruta comida fuera de la mesa, iba creciendo en intensidad, hasta que las gentes no podían soportarla y se metían en las piezas, frescas y protegidas por cortinas de junco. En la calle no quedaban más que los heladeros con sus cornetas vibrantes, recogiendo las maldiciones de los grandes y el anhelo renovado de los niños. Era la siesta. El mundo del silencio y de la luz enseñoreada, su mundo de soledad, su reino. «Todas íbamos a ser reinas», como en el verso de Gabriela, pensó.

A veces, tirada en una estera en el suelo del escritorio o en la silla de viaje que conocía desde su más temprana infancia, o simplemente sobre las baldosas coloradas del piso, dejaba transcurrir el tiempo, en el que la mente comenzaba a abrir sus interrogaciones. Se obstinaba la luz en entrar desde la calle a través de la ventana baja, con sus persianas de madera, y una silenciosa penumbra fresca se establecía en el cuarto, sólo quebrada por la cháchara de los gorriones en la vereda o en la cornisa, o por el paso ocasional

de alguien, reflejándose todos los movimientos en el techo blanco, como en una pantalla de cine que sólo recogiera las formas, los actos y los sonidos paralelos, sin precisar los rasgos.

Las horas de la siesta eran las horas de su soledad. Podían hacerse en ella las cosas más inverosímiles, los pecadillos más pudorosos: escribir cartas y cartas a corresponsales desconocidos, escritores cuya vida parecía maravillosa. Luchar con Dios y la vida para sacarles sus secretos, que no había duda debían estar escondidos en ese armario colorado donde su padre guardaba los pocos libros que componían su biblioteca. La hora de la siesta era la más tranquila, la más propicia. Apenas si a veces interrumpía el silencio aquella corneta del heladero que iba vendiendo su mercancía a los chiquilines o a las muchachas que se recataban tras las persianas.

Es claro que en aquella infancia primera no alcanzaba de pie el estante de arriba del armario colorado, pero para eso bastaba proveerse de un banquito de madera, rengo y un poco ruidoso, diferente del que usaban con su hermana para invadir el guardarropa materno, pero que servía igualmente a sus fines.

Y así se abría a su curiosidad la gran historia de Francia por Guizot, llena de ilustraciones maravillosas, esas ilustraciones de fin de siglo, tipo Gustavo Doré.

Una *Historia sagrada* con ilustraciones y tamaño similares, había también, por aquel entonces, en un atril en el aula de primer grado inferior del colegio de monjas. En el recreo, las niñas entraban furtivamente a clase y hojeando las láminas, rasgaban con las uñas los ojos de los demonios allí representados, y se los arrancaban.

Pero de aquellos tomos de Guizot del armario de su padre, resaltaba especialmente en su memoria, la lámina de Bayardo, el

caballero sin tacha y sin reproche, agonizante al pie de un árbol, con un caballo blanco a su vera. ¿O era Rolando? Y también la ilustración de un hombre encerrado en una jaula pequeña por un rey de Francia que así castigaba una oposición obstinada. Y allí estaban también, en el estante maravilloso, residuos de herencias y adquisiciones diversas: *La historia argentina* de Mitre; *Las vidas paralelas; Germinal* de Emilio Zola; casi todos los libros de Samuel Smiles (¡oh, encantadora ingenuidad moral!); varias novelas en italiano que habían sido de su abuelo; algunos libros de economía de Teodoro Roosevelt; una novela romántica de fracasos sentimentales, desterrados y plantas que crecen entre las junturas del patio de la cárcel y que recordaba como *La povera piccola;* el *Vademécum de las niñas,* donde podía leerse la parte adecuada para niñas de *Las mil y una noches,* y algunos libros de Fray Mocho y Marcos Sastre, junto a varios de poesías de Delio Panizza.

No se cansaba de hojear todos esos libros en aquellas horas de la siesta. Exceptuando los de Teodoro Roosevelt, había en ellos pasajes que fueron leídos docenas de veces. La historia de Francia era la más difícil de manejar por el peso y tamaño de los tomos; y *Germinal* la más riesgosa de leer, pues era el único de los libros sobre el cual pesaba prohibición absoluta. Y esta prohibición le daba un encanto que le impidió siempre leerlo completo, pues el tiempo de la siesta era corto y lógico en este caso que lo usara perdiéndose cada vez entre las zarzas con los mineros enamorados...

Así había entrado en su primer conflicto con Dios, ante el que un sábado de cada mes se arrepentía de sus lecturas, sin que eso le impidiera comenzar de nuevo el lunes siguiente. Algo andaba mal. Dios no podía haber prohibido la lectura, colocándola en

el caso de volver a pecar, cosa que no deseaba hacer aunque algo irresistible la impulsaba a leer. ¿Podía Dios ser malo? Y las preguntas comenzaban a abrirse paso poniendo en caución la justicia y el cúmulo de enseñanzas del pasado. ¿Sabía Dios –si es que era omnipotente y omnipresente, destructor del Tiempo– que su abuelo había de suicidarse? ¿Cómo, pues, podía ordenarlo de antemano? Esto se acercaba ya a la crueldad.

Así había quedado iniciado su peregrinaje en busca de otro dios más equitativo que el que le ofrecían, de una mayor justicia. Llegó un momento en que ya no bastaban las explicaciones de los libros de su padre. Había que recurrir a otras fuentes. Pedir libros prestados, inquirir, inquirir. Uno de sus corresponsales le había enviado un libro de Fenelón, desde Buenos Aires. Pero las respuestas, naturalmente, tampoco estaban allí. Lo que los demás llamaban su «rebeldía» crecía junto con los libros leídos a montones en la biblioteca popular, junto con las mejores lecturas que Herminia Brumana le iba indicando con paciencia en sus cartas, o se afianzaba en otros buenos libros que le prestaba la profesora de francés de la Normal, madame Julieta Tagnard. Por todos estos caminos habían llegado Marx y la teosofía, el psicoanálisis y el budismo... Pero esto ya era en la adolescencia crecida.

Así se había abierto la huella que la había traído hasta hoy.

Distancias de palabras jalonaban su vida, sin explicarle nada, sin explicarla tampoco ante los demás. Pero, ¿era realmente necesario?

Se conocía, se sabía en exceso repartida, entre la patria de la generosidad y la ternura elegidas y entre la patria de donde venían los pies descalzos de su niñez, hacia donde en este momento volvía los ojos desde su vieja cama, en un anhelo de reintegración. Se sabía, sí, siempre en exceso repartida, saltando alternativamente

por sobre las baldosas quemantes del camino. Pero así se había elegido y había que tratar de seguir adelante, «guapeando», como el viejo Broche, con su tropa bajo los aguaceros y el agua en la panza del caballo en los badenes del camino a Gualeguaychú.

¿Cómo era el rostro de aquel gigante en su recuerdo? Esta imagen no podía recobrarla. Sólo el hecho. Sólo el hecho preciso por sobre los pequeños gestos ordenados de las familias y la marcha regulada de las casas.

La tiendita estaba vacía. La niña llegaba y se empinaba sobre el mostrador. Su cabeza asomaba por sobre él. Bramantes, cefires, nansúes. Siempre su madre necesitaba alguna de estas cosas. «Tengo muchas camisas guardadas, pero estas chinas te las arruinan con el lavado, así que me voy a hacer algunas para todos los días». También ahora le oía de nuevo las mismas palabras, treinta años más tarde, mientras permanecía sentada acompañándola en el cuarto...

El dependiente, un mozo alto con cara inexpresiva, buscaba entonces una enorme pieza de bramante Tres Coronas que la niña pedía, y se acercaba como un gigante, con ella en brazos, del lado de afuera del mostrador, por detrás de la niña. Entonces dejaba inopinadamente la pieza de género sobre una mesa próxima y apretaba de pronto a la niña entre las piernas.

¿Apenas unos segundos? Pero aquellos nueve años tenían temor, trataban de zafarse, de huir. Sin comprender casi, o no queriendo comprender, no queriendo llorar, la niña se aplastaba miedosa contra el mostrador. ¿Apenas unos segundos? Luego, el hombre medía los tres metros de bramante y la niña huía con su paquetito bajo el brazo.

¿Una? ¿Dos veces? La pequeña no sabía cómo negarse a ir a la tienda cuando recibía el encargo. Sabía que aquello era

tan grave que no osaba contarlo a nadie. El miedo y el odio se mezclaban confusamente en su mente. Dos pésimos consejeros. Pero todavía no había surgido aquella lucidez que mucho más tarde la ayudaría a no odiar. Sólo con mirar lo que el Tiempo iba poniendo en las caras, el odio iba aprendiendo también a disolverse, pensaba ahora, recordando a Graham Greene, aunque no todavía la impaciencia...

¿Dónde estaba ahora la niña temblorosa de delantal blanco?

La veía perderse en las luces del atardecer galopando en un campo de lino florecido. La veía, muchos años más tarde, con sus primeros versos.

XXV

No, no era muchos años más tarde que comenzara a hacer versos. Con precisión ordenaba ahora sus recuerdos, mientras su madre la contemplaba sentada frente a la cama. Era esta madre la que había puesto en sus manos el primer libro de versos. Una edición liviana, de tapa azul, con pequeños puntos blancos: *Nieve,* de Margarita Abella Caprile. Tenía seis años y el libro acababa de editarse. Por aquel entonces, en una pequeña libretita roja, ella decía que hacía versos, pequeños versos a las tías y primas y a las «muchachas» que servían en casa de sus tías, a las muñecas, a los pájaros presos de las casas... Su madre, alerta, le había traído aquel primer libro *Nieve.* Habían aprendido juntas algunos versos de memoria, versos del mar, personaje desconocido, versos de tierna melancolía.

¿Por qué todavía recordaba con toda claridad aquel resto de una estrofa: «Tengo versos, ¡perdón para mi lira!, / que compuse bordando en bastidor»?

Porque quizá se había preguntado muchas veces cómo se podía pedir perdón a la poesía por bordar en bastidor, por hacer cualquier cosa. Si una cosa no era obstáculo para la otra. Si por sobre los bastidores y los lemas, la poesía no era sino «una voz tratando de contestar a otra voz».

Y esas voces de respuesta se habían repetido para ella durante años, pasándose los ecos de uno a otro poeta. Todos los años

que iban desde *Nieve* hasta «Lo miré con lágrimas», si tomaba como base la cronología de Margarita Abella Caprile, pensó. Y más adelante todavía, hasta hoy, en que los versos seguían ofreciéndole sus mejores justificaciones.

XXVI

El campo era, para ella, promesa de soledad apaciguadora en la que soñaba sumergirse, como en aquella irresponsable y colorida infancia. Pero, aparte del sueño que no quería quebrar, era en realidad, la complicada visita de un día en sus vacaciones, con cordero asado y una jineteada cuidadosa y torpe, como para mostrar que todavía podía hacerlo.

Aquel domingo, al llegar, su padre está ya rodeado de cuatro o cinco hombres, peones y domador. Hay como una instintiva comunidad del hombre. Van a amansar algunos potros. Casi se diría que su padre está avergonzado de la intromisión femenina y pueblera. Su madre ceba mate manteniendo sus distancias de dueña de casa. El peón le calienta por segunda vez el agua y se la trae, con el sombrero en la mano. El padre, mientras, va con el domador y un peón que salen apareados, uno en un caballo manso, el otro en la yegua que hay que enseñar. Dan vuelta el potrero al galope parejo. El potrillo, con cabresto, corre detrás, sin saber bien qué pasa...

La madre, haciendo su inspección, rezonga porque los rosales que se han ido trayendo del pueblo, están plantados lejos de la casa y extrañan el riego. Hay hormigas. El jardín está completamente descuidado. El padre explica, luego, que recién se ha mudado un puestero que no cuidaba nada. Ya se levantarán despacio los canteros. Para esto, vendrá él los fines de semana, a dormir

en esos ranchos que constituyen el caserío. En ese rancho, con piso de ladrillo sin barrer, donde los gatos rodean el gran cajón de guardar los colchones, sobre el que se sirve la merienda. Y en ese catre ancho de sábanas blancas. Todos los enseres los guarda su padre en ese cajón colorado con enorme candado. Sábanas, mantas, recado, la toalla que hoy aparece colgada de un clavo. Otro cajón hace de mesa de luz y alberga las zapatillas y muchas telas de araña. Arriba de él hay una jarra de agua, enlozada y con «cachos» numerosos. Y arriba del catre una lámpara de querosén de pared. Como otros adornos, herramientas y arreos colgando de las paredes. Como lectura, algunos diarios viejos releídos hasta la última línea y entre los que su asombro encuentra algunos de la última guerra.

En una libretita colorada a la que se asoma, indiscreta, aparece un único apunte, el día del primer aniversario de la muerte de la abuela. Vino su padre al campo, sin duda, para mejor recordarla en soledad, entre los árboles y el cielo. Y le expresó su recuerdo, que es continuo y sagrado, en dos simples líneas.

Ella lo comprende. Comprende esa ansia de soledad frente al cielo, indefinida quizá e inconfesada, pero recia. Sacudir de los hombros las presencias queridas y necesarias, para partir cada día en interminable búsqueda. «Null'altro chiedo alla vita se non che si lasci guardare», como dice Pavese, egoísta y veraz. Siente, al mismo tiempo, la sensualidad que le ata las piernas a la orilla del arroyo, entre los pastos, la fácil sensualidad vecina a la de los días de lluvia. Y la gracia de conocer cada rayita de cada tabla que forma los corrales de las ovejas, y las rasgaduras del bañadero, y el olor del fogón ruso o criollo, y el del viejo tarro redondo de la yerba, y tener en las manos el tarrito pequeño con la vaselina irisada de los tientos.

Y el atardecer. Y las florcitas del campo y la mirada aguzada hacia el camino, y las vertientes del pozo con una planta de perejil entre las junturas del ladrillo. Comprende que pueda dar tristeza que falte el gajo de la acacia donde colgaban la hamaca, o que se haya secado el aguaribay del frente. Y comprende que puedan crear ternura los palenques con sus cabezas pulidas, que se alzan a la entrada, en esa especie de patio, frente a la puerta del cerco, y en los que las visitas atan los caballos. Comprende que ella, hombre, se hubiera acostado entre los pastos con alguna muchacha, sin pedir tampoco otra cosa.

Cuando vuelven hacia el pueblo, en la chatita ínfima, su madre, que tiene cerca de setenta años, canta, con una voz hermosa, canciones viejas y canciones nuevas, aprendidas minuciosamente con la radio. Arias de óperas, trozos de zarzuelas. Su gusto, su voz, su coquetería, tan femenina, no acaban de asombrarla. Debe haber sido, quizá, una encantadora mujer joven. Recuerda haber visto, de chica, su «pollerón» negro de andar a caballo. Y trata de imaginarla cabalgando cada tarde al lado de su padre, recorriendo los campos de La Verde, durante los años que vivieron sin hijos.

He ahí los recuerdos que las hijas no han compartido. He ahí, quizá, donde estuvo para ellos la felicidad, los buenos momentos de intimidad, la vida un poco holgada y sin responsabilidades agobiantes.

Esto, que su hermana y ella no han conocido, ha de pesar, sin embargo, en la balanza de sus juicios. Gracias a ello, recobran sus padres la condición humana. Y a él, el campo, y a ella, las canciones, les ponen en los labios una sonrisa dulce y un poco triste, hecha tal vez de esperanzas irrealizadas y de logros con los que no contaban.

Por un momento no son otra cosa que un hombre y una mujer, unidos, desvalidos, dando tumbos entre desacuerdos y alegrías, inclinándose hacia esa tierra en que las voces y las lágrimas son inútiles.

XXVII

«Que Dios l'haga buena, m'hija».

Esa había sido noche a noche la respuesta de su padre cuando iban a pedirle la bendición:

—¡La bendición, mamita! ¡La bendición, papito!

(Era sólo en ese momento –¿para mayor solemnidad?– que decían mamita y papito, en lugar del «mama» y «papo» habituales.)

Aquella respuesta de su padre presuponía una invocación y un camino. Dios había de ayudar si algo ponía de sí la parte interesada.

«Buena, buena». Ni rica, ni feliz, ni linda, ni sana. Buena.

Y siempre había seguido preguntándose a sí misma: «¿Soy buena yo?». Y se había impuesto ese afán de ser buena, de que todos la quisieran, de no pelear con nadie, de no hacer sufrir. Como si eso hubiera sido posible, como si el hecho de imponerse la bondad no fuera ya una pretensión infinita.

Aquí estaba con su vida, ni sin entrega ni entregada, siempre solicitando, siempre partida, compartida. Un té de ajenjo o manzanilla para su estómago malo, en esta cama de hierro y bronce, frente a este patio con su parral cargado. Esto era fácil. Pero no había té curativo para las grietas cuidadosamente ocultas o los signos minuciosos que delataban en ella la inconquistada armonía.

¿Acaso, por momentos, ese oscuro deseo de ser buena que corría como un hilo por su vida, no se había confundido e integrado con la cobardía, con el afán de «quedar bien»? ¿No ocultaba, quizá, esta profesión de bondad, su anhelo de hacerse perdonar, su deseo de poder aceptarse? «Si los demás piensan que soy buena es porque quizá lo soy en realidad, entonces».

Así había ido ubicando el interrogante como obstinada exigencia que requería respuesta positiva, ante todos los seres que había querido.

«Que Dios l'haga buena, m'hija».

«La partida está ganada», pensó con Valéry, «si uno se encuentra digno de su propia aprobación».

Y esto, ahora lo comprendía, no sucedería ya nunca.

La charla había traído el sueño. Su madre se levantó de puntillas, y la dejó sola hasta que la siesta transcurriera, como tantas otras. Ella se volvió hacia la pared y quedó dormida.

Principales obras de la autora

Las puertas, Amigos del Libro Argentino, Buenos Aires, 1964.

El andamio, Fondo Nacional de las Artes, Buenos Aires, 1964.

Amor saca amor, Colmegna, Santa Fe, 1970.

«No digo que mi país es poderoso», Ediciones Amigos de Herminia Brumana, Buenos Aires, 1982.

Los pobladores, Ediciones SEGuay, Gualeguay, 1983.

Refracciones, Edición de autor, Gualeguay, 1986.

Crónica de medio siglo, Colmegna, Santa Fe, 1986.

Camino hecho, Ediciones del Clé, Gral. Galarza, 1991.

Salvadora, una mujer de Crítica, Vinciguerra, Buenos Aires, 1997.

Habitaciones, Catálogos, Buenos Aires, 2002.

Mastronardi-Gombrowicz, Grama, Buenos Aires, 2004.

Poesía completa (edición de Irene Weiss), Ediciones del Copista, Córdoba, 2009.

Cronosíntesis, colección El País del Sauce, EDUNER, Paraná, 2016.

El andamio
se diagramó en eduner
y se terminó de imprimir en
los talleres de Xanto Conceptos Gráficos,
Pasaje Mattos 3373, Rosario, Santa Fe,
con una tirada de 500 ejemplares.
República Argentina
Febrero
2017